

fui frá-
nosuras,
yo con
s cómo,
te haga
el estado

rompo
oria, si

s palpi-
se, por-

arlatina,
te á tu

yo es-

ché en
un ata-

contra
mucha-
jé que
an na-

go, no

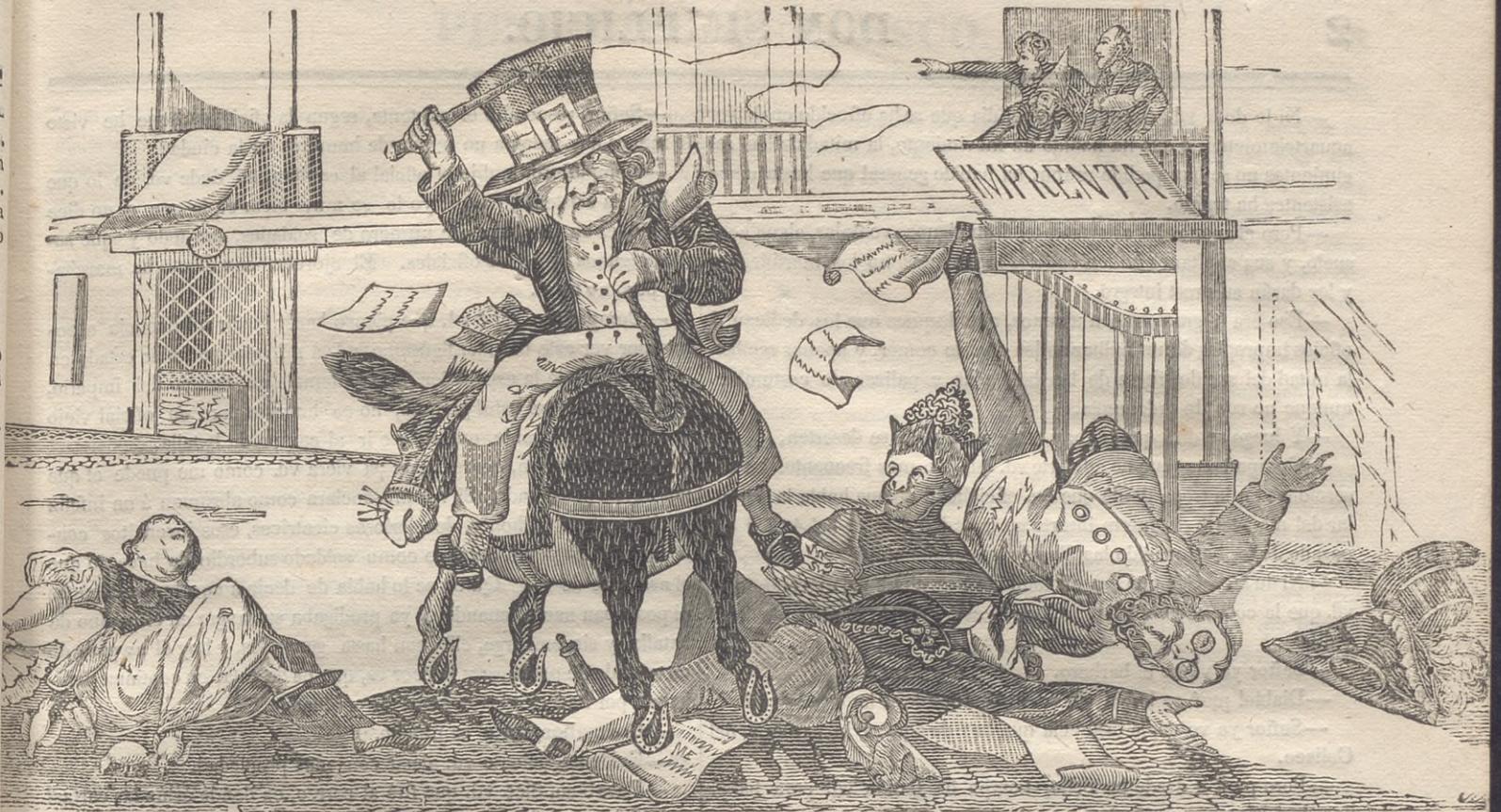
ha pa-
ces me
empos,
te en-
en su

hon-
ó te
o con

no me

a. . . .

s del
pleno
quien
mbre
que



DON SIMPLICIO.

Periódico Burlesco, Crítico y Filosófico, por unos Simples.

TERCERA EPOCA.

NUMERO 11.

Este periódico se publica los MIERCOLES y SABADOS de cada semana: consta de un pliego. Si el número de suscritores lo permite, se darán cada mes dos litografías, ó dos grabados en madera.

Los números sueltos valen un real, y la suscripcion es de 6 reales adelantados por 8 números para esta capital y 7 en los Departamentos. Las suscripciones se reciben en los mismos lugares de la Revista de México.

TOM. III.

MEXICO, AGOSTO 5 DE 1843.

MES II.

REMITIDOS.

EL CAPITAN Y EL ASISTENTE.

—Camarada, cómo vamos, ¿qué hay de nuevo? decía un oficial á otro que estaba recién llegado de Oajaca, en uno de los cuartos del mezon de Santo Tomás.

—Compañero, aquí estoy desesperado por el maldito asistente que no parece, le respondió el capitán recién venido.

—Pero, ¿por qué lo desea vd. con tanta exigencia?

—¡Cáspita! ¿me ve vd. rabiando de las muelas, y me hace vd. semejante pregunta?

—Pues diga vd. que desea.

—Gracias, compañero: lo que deseo es á un barbero, y ya el asistente ha ido por él: quizá no dilatará.

—¿Qué hace tiempo que se fué?

—Desde las ocho de la mañana.

—Son cerca de las tres de la tarde y no parece, seguramente se ha largado.

—Eso no, compañero; porque yo le doy su sueldo completo, no lo empleo en cosas degradantes para un soldado, no lo estropeo, lo auxilió en cuanto puedo, y si está enfermo lo cuido con eficacia.

—Así se hace, compañero: cómo se conoce que no es vd. de estos militares del día.

—Oh! no gracias á Dios. Veinte años ha que soy capitán: he estado en las Chiapas, y ahora que la campaña ha comenzado, que he sabido las desgracias de nuestras tropas, he solicitado pasar al ejército del Norte y que me acompañe mi asistente, que me ama mucho y es un buen chico. Solo ahora no parece ¡qué maldito! Si lo agarró. . . bribon. . . y en ademán de como quien hace un ímpetu para dar un sopapo, movía y apretaba los puños; á poco, viéndose molesto por las impertinencias del compañero, que había salido del cuarto por un momento, y por el dolor que le afectaba, tomó un hilo, fijó una estremidad con cuidado en la muela que le dolía, y la otra punta del hilo en la llave: de repente emprende una carrera como si los yankees estuvieran sobre él, y profundamente exclamó:

—Oh!

—¿Qué ha sucedido á vd., compañero? le preguntó al capitán el oficial, que acababa de entrar al grito.

—Vea vd. amigo como militarmente me he sacado la muela.

—Así deberían sacarse de esta capital á todos estos militarillos del día.

—Maldito asistente

—A propósito de asistentes: si vd. viera en las épocas pasadas, no he visto si ahora será lo mismo, un batallón tenía doscientos hombres, y tres cuartas partes estaban empleados de asistentes; pero eso sí, hasta la hija y el sobrino del general D. Folias tenían el suyo.

—Pues siendo así, es mas el número de asistentes que el de la tropa que va á la parada para que entre de guarnición.

—Ni lo dude vd., considere que el día que se ha ofrecido cualquier acuartelamiento, ó que ha habido un movimiento, la mitad de los regimientos no se han podido reunir: ha habido general que hasta cinco asistentes ha tenido.

—Pero al menos los asistentes tendrán algunas ventajas, algun consuelo, y sus capitanes no teniéndolos inmediatos, no los mortificarán y les darán su prest íntegro.

—Eso era lo gracioso con algunos, que despues que los dedican á oficios impropios de un militar no les dan de comer, y apenas reciben la mitad del sueldo, fuera de las bofetadas y palizas de costumbre, aunque no son de ordenanza.

—Y luego se dirá que no hay motivo para que se deserten.

—Compañero, ¿qué no advierte vd. que son mas frecuentes las deserciones en la tropa desde que esa oficialidad de que habla la circular del ministerio de guerra inserto en la orden del día, del 4 al 5 del pasado Julio, ha invadido las filas de los regimientos?

—Ni duda. Con que esa oficialidad se espeliera del ejército, cáte vd. que la cosa se componia. Cuando esto pasaba, el asistente llegó y dijo:

—Señor ya viene el barbero.

—Diablo! ¿qué se habia vd. hecho? en donde se ha estado vd.?

—Señor ya ve vd. la distancia que hay de aquí á la barberia del Coliseo.

—Pero para ir desde las ocho, tiempo ha tenido vd. para haber llegado á Matamoros y volver.

—Señor, voy á decir á vd. en que ha consistido que me haya demorado.

—Bribon, diga vd.

—Me fui por los Flamencos, por el Puente de Palacio, los Portales, las calles de Plateros y las de S. Francisco, porque tambien quise pasar al Correo á ver si tenia vd. carta de nuestra tierra.

—Adelante.

—Vd. siempre me ha recomendado ser atento.

—Adelante.

—Vd. me ha prevenido que haga los honores de ordenanza á todos mis superiores.

—Adelante.

—Pues mi capitan, oigame vd.

—Adelante.

—Pues señor, llegué á la primera calle, y allí me encontré con muchos gefes y oficiales á quienes les hice los honores, pero eran tantos los que encontraba y pasaban, que me detuve un cuarto de hora.

—Siga vd. y acabe pronto.

—Con mil trabajos pude llegar á los portales, aquí si ya me daba el agua hasta el pescuezo. ¡Ah señor! ya pasaba un capitan de lanceros que apenas tenia diez años, al que lo seguian otros muchos, ya un grupo de subtenientes, ya otro de tenientes, ya seis ó siete de capitanes, ya guerrillas enteras de gefes; y ya, en fin, una brigada de generales. Jesus, señor, como se llena el portal de planas mayores: dicen que es de lo mejor surtido que hay, pues que por un alumno del colegio militar, hay multitud de cocheros, coimes, [tenderos y es que hasta la Nacional y Pontificia Universidad, y esto es lo menos, le ha tocado el contingente con un bedel.

—Y de allí?

—De allí me fui por las calles de Plateros hasta el Correo; pero mis trabajos no terminaban, porque especialmente en las esquinas que se reunian por los cuatro flancos, ya no hallaba que hacer: parecia reguilete girando por todas partes para hacer los honores á tanto niño y gandules de toda edad, como en el portal, hasta que otro soldado me dijo:—„Compañero, si espera vd. que acaben de pasar todos los oficiales y gefes, nunca podrá vd. irse: estos honores estaban buenos para cuando era reducido el número de oficialidad, no hoy que es como la moneda de cobre.”

—Hombre, yo no creo todo eso que me acaba vd. de decir.

—No lo dude vd., señor.

—No puede ser eso, el ejército ya ha salido todo para la Frontera.

—Señor, respondió el asistente, segun la oficialidad que he visto lo menos hay todavia un millon de hombres en la ciudad.

—Compañero, le dijo el oficial al capitan, no dude vd. de lo que le dice su asistente, porque yo lo se muy bien: en lo que sí no dice verdad, es en que haya ese número de soldados, con todo y que somos algunos miles los oficiales. El ejército con efecto ha marchado, pero no estos.

—Compañero, sabe vd. que pienso hacer pedir mi licencia absoluta por ver este barullo: figúreme vd. á mí, que no habia estado en la capital desde la expedicion de Guatemala en tiempo del imperio, ¿qué me parecerá esto? pero no, no es honroso para un oficial viejo del ejército trigarante que rehusé ir al campo de batalla.

—Dice vd. bien, compañero: ¡si viera vd. como me puede el que nos hayan postergado! ¡Si vd. presenciara como abruman á un infeliz inválido, lleno de honor, de gloriosas cicatrices, esos jovencitos condecorados! El pobre inválido como soldado subordinado hace lo que el asistente de vd. Quién se lo habia de decir á aquel, que algunos ni pensaban nacer, cuando él ya prodigaba su sangre en el campo de batalla, y sin embargo, ellos son hasta generales, y hoy él no pasa de un soldado de premios; y lo peor es, que ha de estar en continua penitencia por hacerles los honores de ordenanza.

—Compañero, esto es mucho.

—Evidente, deberia vd. decir con mas propiedad.

—Pues bien, dice vd. que fué al correo, en donde están las cartas?

—A la verdad, mi capitan, me vine sin ellas antes que esperar á que los generales y gefes acabasen de sacar las suyas.

—¿Pues qué, tambien allí habia muchos?

—Vea vd. señor: allí oi nombrar á los mas.

—A ver, diga vd. el nombre de algunos, puede ser que los conozca.

—Número tantos, decia el que pedia las cartas, y el oficial que las despachaba respondia:—Coronel Petardo.—Llegaba otro corone, Chicote.—Coronel Afeñique.—Capitan Macasar.—Capitan Rio-frio.—Capitan Cuajimalpam.—Comandante de escuadron Barranca Honda.—General Champaña.—General Gallina.—General Casquete.—General Champurrado.—General Reboltillo.—General Tumbaburos.—General Mirasol.—General Truco.—Comandante Tresillo.—Intendente Malilla.—Comisario Estafa.—Tesorero Araña.

—Hombre, no siga vd. mas, que á nadie conozco ni sé que madre los pariria.

—Eso es otra cosa.

—Traigame vd. un vaso de agua.

—Buenas tardes, señores, dijo un hombre alegre, que envuelto en su capa llegaba, y se la desenvolvia lleno de jovialidad.

—¿Quién es vd.?

—El Barbero, señor, para servir á vd.

—Maestro, ya vino vd. tarde, la muela ya salió.

—Qué hemos de hacer, señor, el patron me dejó de reserva en la barberia, y yo me entretuve en puerilidades.—Qué desgracia, siempre las reservas llegan tarde!...

—Adios, señores.

—Abur!—*Banderilla.*



Sres. Redactores de D. Simplicio.—Mis apreciables señores: Como llevo ya muchas noches de no poder dormir, á causa de que veo con bastante sentimiento que los males que nos afligen no tienen remedio y deseando variar de ideas, me propuse leer algo, y así fué; tomé el número 8 de su apreciable periódico de vdes., y estando con él entretenido, una voz ronca me dice [á la vez que cayó un papel] “calla, toma y lee, y cuando hallas acabado, cópialo y mándaselo á D. Simplicio para que lo publique, aunque con el tiempo le pese al Padre Goriot:” en efecto, tomé el papel, lo abrí, y dice así.

Rosenda, por la gracia de S. M. infernal, Presidenta del consejo de las brujas de Zugarramurdi á su querido amigo Don Simplicio, salud. Sabe, ó amigo mio, que lo que hoy pasa en tu adorada patria, es

igual á lo que pasó hace once años en otra nacion no menos desgraciada que la tuya; y así como mi consejo, dispuso entonces se le avisase el riesgo que corria para que se salvara, así ahora ordena que por tu conducto, entienda esa república el precipicio en que puede sumergirse, si no evita que se mezcle un pastelero en sus asuntos de gobierno; y para que veas lo que ya tiene amasado, escucha.—1.º Pasta de Republicanos rellena de yankees, que traen por divisa: *Premio á la infamia.—Impunidad al crimen.—Y arte de robar al pueblo vecino, ó la industria es una ciencia.*—2.º Pastel confexionado á lo imperial, guarnecido de títulos y amasado con esencias, primera clase.—3.º Merengue de nueva invencion; las entrañas son todas acciones é inscripciones, y la cubierta de la mas esquisita traicion.—4.º Pavo relleno con hojas de servicios embutidas á martillazos, descañonado y sin huesos, y forrado con charreteras, bandas, y cruces de constancia.—5.º Empanada compuesta, de la infamia y desfachatez con que varios hombres abjuraron los honrosos principios que en otro tiempo decantaban.—En fin, ya sabes lo que se tiene empezado, con que así diles que no olviden que:

Las alianzas;

La amistad de un contrario es un oprobio:

O yo peresca, ó mi enemigo caiga.

En tal virtud, y segun lo propuesto por mi consejo, te dirijo estas instrucciones que publicarás. Dado en nuestro Palacio, &c., &c.—*Rosenda.—Merengue, asesor hechicero.*

Luego que hube concluido, se despidió de mí la voz, cantando lo siguiente:

Dad, dad, á los hombres

Bienes infinitos,

¿Piden pitos?—Flautas.

¿Piden flautas?—Pitos.

He aquí, Sres. Redactores, lo que me pasó, y lo cual en debido cumplimiento traslado á vdes. para que se sirvan insertarlo en su aplaudido periódico, cuyo favor agradecerá mucho su afectísimo S. S. Q. B. S. M.—*Cándido Pantaya.*

GUIRIGAY HISTORICO.

¡Viva la representacion nacional! fué el grito del pueblo en Diciembre de 44; pero absolutamente se dijo entonces nada que indicase siquiera una mediana afeccion á las Bases Orgánicas. Este pacto se sostuvo, porque se prestaba como una transaccion á la lucha de los intereses encontrados que contribuyeron á la caida del gobierno provisional; pero tan lejos estaba de ser una verdadera constitucion, esto es, de arreglar el ejercicio de los poderes, que vimos bajo su imperio, primero al despotismo en la presidencia, y despues una exagerada sumision á las leyes. Las Bases no eran otra cosa que la arbitrariedad organizada. En política, como en religion, hay sus errores piadosos, que aunque la razon los reprueba, no se atreve á condenarlos abiertamente, por respeto á la buena fé de sus autores. El personal del último ministerio, en un delirio patriótico, con una supersticion infantil, esperó un nuevo milagro de un talisman mentido; mas por desgracia, ni el ejército ni el pueblo secundaron sus votos ni respetaron sus creencias. El pueblo, acostumbrado á dos clases de representaciones nacionales, que las hay como hay dos clases de iglesias, la una militante y la otra triunfante, los pronunciamientos y los congresos, espera el resultado de la nueva revolucion para acudir á las casillas electorales y despues á las galerías. El ejército por su parte ha proclamado su plan, contando con el vecindario de México, por las estrechas simpatías que los unen, y el ministerio del Sr. Bravo, no pudiendo conjurar la tempestad con rogativas, yace fulminado; sin embargo, sus últimas palabras le serán siempre honrosas, y nosotros como periodistas respetamos y aplaudimos á los buenos mexicanos, que en un solo dia de poder, no solamente trataron de constituir á la nacion, de colonizarla y de asegurarle su independencia, sino que dieron libertad á la prensa en los mismos momentos criticos en que

todos los gobernantes solo piensan en esclavizarla á la hora de un pronunciamiento. El que se verificó en la mañana de ayer, será juzgado por la historia, y se acreditará ó perderá su prestigio con sus próximos resultados: nosotros nos limitaremos, con nuestra acostumbrada independencia política, á consignar algunos hechos para conocimiento de muchos de nuestros lectores que no pudieron presenciarnos. El Sr. Farias y el Sr. Salas firman un mismo plan y una misma comunicacion: los cuerpos de caballería se dirigen á donde están los pronunciados; á la vista del gefe que abandonan, estirando algunos de sus caballos que no estaban conformes con semejante movimiento; los serenos pasan la noche en la Ciudadela, y los faroles y los perros en la ciudad: por no ver semejantes anomalías, el Sr. Paredes se ausenta, pero como los que le formaban antes las revoluciones en que triunfó, lo han abandonado, cayó en manos de sus enemigos, y yace en una prision, diciendo que morirá con el último soldado que le quede: pero es el caso que no le ha quedado ni uno. En Veracruz, en Tehuacan, en Tampico, por todas partes se pronuncian para hacer mas grata la memoria del gobierno pasado: noticiaremos que una de sus últimas disposiciones fué declarar libres los comestibles. ¿Cuándo acabará un gobierno por declarar libres á los pueblos?

LETRILLA.

En la Ciudadela gritan:
¡Que viva la libertad!
En Palacio.—De profundis
A su sacra magestad.

Tronó el cañon: ¡excelente!
Reuelta tenemos ya,
Qué diablo, falló la regla
De Diciembre; pero, ¿qué hay?
Hay oficiales que cruzan
Sendo sable, mucho hablar;
Hay jesuitas espantados,
Coches que vienen y van,
Se atropellan las noticias,
Sobra patria, falta pan.

En la Ciudadela gritan:
¡Que viva la libertad!
En Palacio.—De profundis
A su sacra magestad.

Ya repica la jarana
Del partido federal,
Y anda el sansculote unido
Al esquivo militar.
Los pancistas, afligidos!
Comen poco, visten mal,
Qué diantre ¡gallina fria!
Cerveza, ¡qué crudo afán!

Ya en la Ciudadela gritan:
¡Que viva la libertad!
En Palacio.—De profundis
A su sacra magestad.

Y los nobles ¡qué se hicieron
Los de casa de solar,
Aquellos de horca y cuchillo
De pergamino ducal?
Los que limpiaban las cruces
Y el título bautismal,
Los que erguidos junto al trono
Nos soñaban dominar?
Esos, cantan de profundis
A su sacra magestad.

Cuántas cosas no veremos,
El bodorrio empezó ya;
Haced méritos patriotas,
Que Dios no les faltará.
¿Se comió mal? Pues ministro
De hacienda, y que tenga pan.
¿Se mojó? Regidor de aguas,
De derecho. Fué un patan
Que estuvo dentro de casa,
Pues del interior será. . . .

En la Ciudadela gritan:
¿Que viva la libertad!
En Palacio.—De profundis
A su sacra magestad.

Pero, chicos, ¿al gobierno
Qué recompensa le dan?
El se insurgió el primero
Contra su vida: ¡cabal!
El con el mayor donaire
Se pretendió suicidar,
Con el ridículo cetro
De estrangera magestad.
El dijo grave un *mea culpa*,
En caliente, al espirar,
Y nos quita la mordaza
Para en sus honras cantar.

En la Ciudadela gritan:
¿Qué viva la libertad!
En Palacio.—De profundis
Por su sacra magestad.

¡Urra! que viva la danza;
En gorja el tendero está,
Preguntan los egoistas
Y pregunta el sacristan,
Chicos, avisenme pronto,
Por quién he de repicar.
Muchos en la Ciudadela
Gritan por la libertad:
Goriot reza un de profundis
A su sacra magestad.—*Don Simplicio.*

DON SIMPLICIO.

México, Agosto 5 de 1846.

Estracto de las últimas comunicaciones habidas entre el Exmo. Sr. general D. Mariano Salas, jefe de las fuerzas pronunciadas en la Ciudadela, y los Exmos. Sres. D. José Joaquín Pesado y general D. Ignacio Mora.

El general Salas en su primer oficio dirigido al segundo jefe de la plana mayor del ejército, D. Benito Quijano, comunica que acaba de pronunciarse en la Ciudadela con una parte de la guarnición por el plan que acompaña, y que cree ser el único salvador de la libertad nacional y de la integridad de nuestro territorio; recuerda el entusiasmo espontáneo con que casi todos los cuerpos han secundado la voz de sus compañeros de armas, y asegura que lo mismo harían los demás, si el gobierno los dejase obrar libremente. Concluye protestando que está resuelto á batirse si le opone alguna resistencia.

El señor ministro de relaciones, en una nota al Sr. Salas, dice: que ha dado cuenta al vice-presidente con la participación del mencionado pronunciamiento, y que el Sr. Bravo ha procedido en todos los actos de su gobierno conforme á sus facultades constitucionales y á los verdaderos intereses de la nación; que el movimiento ejecutado, es contrario á las leyes, y que el plan nuevamente proclamado, aunque ha circulado hace tiempo por toda la nación, ha encontrado en ella solo menosprecio. Concluye invitando á los pronunciados á que se apresten á marchar inmediatamente á la frontera del Norte.

El Sr. Salas contestó, que en la esposición de la iniciativa presentada por el ministerio el día anterior, á la Junta llamada congreso, había un rasgo digno de un mexicano veterano de la independencia, el exámen de la opinion pública que fué el primer cuidado del presidente interino; mas la acogida que tuvieron sus proposiciones, es una prueba de que no acertó el gobierno al consultar esa opinion. Que el movimiento que se está verificando es la espresion de la voluntad

de los pueblos, y que no tiene otro objeto que restituir á la nacion su libertad y su gloria, de que se le ha despojado por una defeccion de las mas vergonzosas. Por lo mismo, para aprestar su marcha á la frontera con las tropas que lo acompañan, pide al gobierno desista de toda resistencia.

El señor ministro de la guerra previene, de órden del vice-presidente á los pronunciados, que depongan inmediatamente la posicion hostil que guardan, y salgan de la Ciudadela á situarse en Tlalnepan-tla, en cuyo punto recibirán órdenes del gobierno para marchar á la frontera.

El general Salas, contestó, por fin, preguntando ¿con qué verguenza hablan de recobrar á Tejas, los que la han vendido con su indolencia y sus intrigas? ¿qué á nombre de quien mandan los que están en el gobierno, pues el Sur, Guadalajara, Sinaloa, Veracruz y México, la nacion los desconoce? Protesta atacarlos, si en el resto de la tarde no se rinden.

PUEBLA.

Se han recibido noticias del pronunciamiento de aquella ciudad en consonancia con el de Jalisco; se ignoran los pormenores de este movimiento; pero las cartas particulares y algunas personas que han llegado de Puebla lo confirma.

PEROTE.

En la mañana de hoy llegó la noticia del pronunciamiento de aquella fortaleza, á donde parece se concentrarán las fuerzas de los pueblos adyacentes que estaban desde antes pronunciados.

VERACRUZ.

El señor general Mozo con algunos oficiales que no quisieron adherirse al pronunciamiento de aquella plaza, se dirigen á esta capital

El gobierno ha publicado un decreto restituyendo su libertad á la prensa, y otro exceptuando de alcabalas los artículos de primera necesidad. Hasta la ahora que escribimos esto, piensa resistir á las fuerzas pronunciadas, y parece que el ministerio trabaja porque el congreso se declare convocante. A los gobiernos les sucede lo que á algunos locos, que recobran el juicio para morir.

VIAS PACIFICAS.

A las once de la mañana de hoy, han ocurrido de Palacio por el dinero que se hallaba en la casa del Sr. general Paredes, con cosa de veinte hombres.

En carta particular de Jalapa nos dice una persona fidedigna lo que sigue:

“Y esta era la ocasion de hacer todo esfuerzo contra los enemigos. Las últimas noticias de N. Orleans anuncian que aquella ciudad está en absoluto descontento á causa de la guerra y de los temores á los corsarios mexicanos. Si eso pasa en la cuna de todos los proyectos contra México, ¿qué será en los demas puntos de los Estados-Unidos?”

COLEGIO MILITAR.

El Sr. Salas mandó un comisionado al colegio militar á invitar á sus gefes á pronunciarse. Estos contestaron que el colegio debía ser extraño á las disensiones políticas, pues no tenia otro objeto que el de su enseñanza. Por consiguiente el colegio no se pronunció: conducta que hace honor á sus gefes, y que recomienda aquel establecimiento para lo sucesivo.

A ULTIMA HORA.

Ha llegado la acta del pronunciamiento de Veracruz, verificado el 31 de Julio próximo pasado; á la cabeza de los que suscriben el plan, que es conforme con el de Jalisco: están los Sres. generales Perez y Landero, y el Sr. coronel Gayoso, firmando como secretario D. Manuel María Teulet.

MEXICO: 1846

Imprenta de la Sociedad Literaria, á cargo de D. Revilla,
Calle de Sta. Clara núm. 23.